

RESISTENCIA CULTURAL E INDEPENDENCIA POLÍTICA, IDEOLÓGICA Y ESTÉTICA EN EL PE- RIODO CHILENO DE LA REVISTA *BABEL* (1939-1951). UNA MIRADA A LAS POLÍTICAS EDITORIALES DE SAMUEL GLUSBERG

Pierina Ferretti¹ y Lorena Fuentes²

«No ama las reverencias. Mirado desde cierta perspectiva, causa Enrique Espinoza el efecto de un pequeño Estado independiente, en buenas relaciones con otros pequeños Estados, presentes y pretéritos, pero no sometido a nadie. Es una posición singular de isla, un señorío pacífico, aunque irreductible, sin opulencia, pero que de nada necesita y se basta». (Alone)

RESUMEN

En este artículo nos proponemos examinar los rasgos fundamentales de la política editorial de Samuel Glusberg durante el periodo chileno de la revista *Babel* (1939-1951), enfatizando en el lugar que éste ocupó al interior del campo cultural local. Nuestra tesis central es que las características de su labor editorial lo ubican en una posición de firme independencia política, ideológica y estética y, al mismo tiempo, de resistencia ante las tendencias mercantilizadoras que se instalan en el espacio de la producción cultural a partir de los años treinta.

¹ Universidad de Chile–Universidad de Valparaíso– Chile pierinaferretti@gmail.com.

² Universidad de Chile – Chile- fr.lorena@gmail.com.

1. A MODO DE INTRODUCCIÓN

El campo de la cultura resulta un escenario privilegiado para observar los procesos de transformación social que operaron en el continente a partir de la agudización de la crisis de la dominación oligárquica tras la primera posguerra. El resquebrajamiento del orden social que esta crisis generó, permitió la apertura de nuevos espacios de disputa ideológica y la entrada en esta discusión de actores sociales vinculados orgánicamente a las clases medias y populares. De esta manera estos sectores hacían su entrada definitiva en el mundo social y político, instalando sus reivindicaciones y manifestando su voluntad de construir nuevas hegemónías en torno a proyectos de refundación social a nivel nacional y latinoamericano. La emergencia de vanguardias estético-políticas fue un signo elocuente de estas transformaciones, así como también la aparición de diversos proyectos editoriales programáticos.³ En este contexto, y como expresión de los nuevos espacios y núcleos intelectuales, nacen las iniciativas culturales de Samuel Glusberg, entre las que destaca Ba-

³ Usamos la expresión editorialismo programático en el sentido que le da Fernanda Beigel en su estudio sobre la labor editorial de José Carlos Mariátegui. Para Beigel «el editorialismo programático fue una vertiente cultural altamente desarrollada en América Latina durante el período en que las nuevas corrientes se identificaban con la «nueva sensibilidad» [...] El editorialismo programático se caracteriza por su alto grado de articulación entre la producción cultural y la militancia política. De allí que sus representantes sean a la vez directores de revistas, vendedores de libros, tipógrafos, dirigentes políticos y ensayistas. No olvidemos que muchos de ellos trabajan directamente en el «armado» de antologías, manejaban la distribución y la relación con los agentes extranjeros y en muchos casos corregían personalmente las pruebas de imprenta de sus ediciones. En definitiva, y con matices que intentaremos destacar, nos estamos refiriendo a personalidades de la talla de Mariátegui, Gamaliel Churata, José Ingenieros, Joaquín García Monge, Antonio Zamora, Samuel Glusberg». Fernanda Beigel, *La epopeya de una generación y una revista. Las redes editoriales de José Carlos Mariátegui en América Latina*, Buenos Aires, Biblos, 2006, pp. 164-165. Con algunos matices, nos parece que esta expresión describe bien la labor de Enrique Espinoza.

bel, revista que fundó y dirigió en Buenos Aires entre 1921 y 1929, y que reorganizó en Santiago de Chile entre 1939 y 1951.

La segunda época de la revista Babel —que es la que aquí nos interesa— es heredera y tributaria de los procesos ocurridos en la década del veinte, pero enfrenta también los nuevos desafíos que se imponen al campo de producción cultural latinoamericano a partir de la segunda mitad de la década siguiente. Exigencias propias de espacios culturales insertos en sociedades que ensayaban proyectos de desarrollo nacional-populares y de integración de sectores sociales históricamente marginados. Desafíos, asimismo, dados por el poderoso sentimiento de solidaridad internacional y antifascismo que surgió ante la derrota de la República española, el estallido de la Segunda Guerra Mundial, el holocausto y los autoritarismos de derecha e izquierda. Y, por último, retos impuestos por las modificaciones operadas en el espacio específico del campo de la producción cultural, que empezaba a exhibir, como tendencia dominante, el desarrollo de la cultura de masas, estimulada a su vez por el crecimiento de la industria de productos culturales de consumo masivo y por la centralidad que irá adquiriendo el mercado de bienes simbólicos en la organización de la cultura, direcciones claramente opuestas a las líneas programáticas de la política cultural de Samuel Glusberg.

De esta manera, en atención a las características del entramado social en que se encuentra inmersa la labor de nuestro autor, nos proponemos examinar los rasgos fundamentales que imprimió a su política editorial en el periodo chileno de la revista Babel, rasgos que lo ubican —desde nuestra perspectiva— en una posición particular del campo cultural local de aquel periodo, de resistencia ante las tendencias mercantilizadas que se instalaban en el espacio de la cultura y de una firme independencia política, ideológica y estética.

2. UNA MIRADA A LA LABOR EDITORIAL DE SAMUEL GLUSBERG

Resulta difícil reseñar en unas pocas líneas la incansable labor editorial de Samuel Glusberg —o Enrique Espinoza, su alter ego literario-⁴ en los casi noventa años en que transitó de éste y el otro lado de los Andes. Cientos de libros aparecidos bajo su auspicio y un sinnúmero de campañas culturales pueblan su historia de trabajador intelectual y le confieren un lugar de singular relevancia en el desarrollo del campo literario y editorial del continente.

Su itinerario como editor comienza en Buenos Aires con la publicación de una serie de folletos llamada Ediciones Selectas América. Cuadernos mensuales de Letras y Ciencias, que apareció entre 1919 y 1922 y que entre sus cincuenta números contó con títulos de Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga, Alfonsina Storni, entre otros escritores ya consagrados con los cuales trabó amistad por aquel entonces. Esta colección, cuya difusión superó las fronteras trasandinas⁵, fue seguida por las edi-

⁴ El seudónimo Enrique Espinoza, lo recoge del autor de la Geografía descriptiva de la República de Chile. Sin embargo, representa más bien de la herencia de dos lejanos parientes espirituales: Enrique Heine y Benedicto Spinoza. «Sus grandes amistades se hallaban repartidas por todos los climas y alcanzaban a todos los tiempos —anota Ernesto Montenegro—. Algunas databan nada menos que del siglo diecisiete y lo ligaban íntimamente a un vecino medio español de Amsterdam, de nombre Benedicto Espinoza, acaso un remoto pariente. Otro de sus padrinos había nacido más allá del Rhin, vivió sus mejores años en París y supo reír con risa pronunciadamente mefistofélica hasta el lecho de la agonía: se llamó Enrique Heine. De ellos heredó nombre y apelativo, junto con otros dones formales, tales como su independencia crítica y su encono mordaz contra el filisteísmo». Ernesto Montenegro, «Responso por Babel», en *Babel, revista de arte y crítica*, año xii, vol. xiv, n° 60, Santiago de Chile, cuarto trimestre de 1951, p. 159.

⁵ «Por entonces —rememora Espinoza— empezaron a salir en Buenos Aires bajo mi dirección bisoña unos cuadernillos americanos en verso y prosa que interesaron muchísimo en Santiago. Así, mientras de Lima o La Paz uno que otro librero incauto apenas demandaba cinco o diez ejemplares de cada título,

ciones B.A.B.E.L (Biblioteca Argentina de Buenas Ediciones Literarias), sello que con más de setenta volúmenes contribuyó notablemente a la difusión de autores de renombre y de jóvenes talentos literarios.

También por esta época da vida a *Babel*, su revista de literatura, de arte y de crítica, cuyo primer acto transcurre en la ciudad rioplatense entre 1921 y 1929, y que diez años después renace en Santiago de Chile. Podemos contar además en su biografía editorial a *La Vida Literaria* (1928- 1932), *Trapalanda*, un colectivo porteño (1932-1935), los Cuadernos literarios de Oriente y Occidente (1927-1928) del Instituto de la Universidad de Jerusalem en Buenos Aires, y su participación en la fundación de *Martín Fierro y Sur*, de las cuales tomó distancia al poco tiempo.

Paralelamente, y si bien una de sus constantes fue el sacrificio de su obra personal a la labor de difusión de aquellos autores presentes o pasados que consideraba necesario promover, sus propios escritos fueron apareciendo de tanto en tanto. *La levita gris*, cuentos judíos de ambiente porteño (1924), inaugura la lista. Le sigue, varios años después, la recopilación de ensayos *Trinchera* (1932), y luego su segundo libro de narrativa, *Ruth y Noemi* (1934).

Su intensa actividad cultural en Buenos Aires le había permitido formar una sólida red con algunos de los escritores e intelectuales más relevantes del periodo. En Argentina, pertenecían a su círculo cercano Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga, Luis Franco y Ezequiel Martínez Estrada. Además, cultivaba amistades con personajes americanos de relieve, como José Carlos Mariátegui –quien bajo su auspicio planeaba instalarse en Buenos Aires cuando la muerte lo sorprende en abril de 1930-

de Chile los muchachos de la Federación de Estudiantes exigían por adelantado cincuenta o cien... Tenía proyectado editar los primeros versos de Gabriela Mistral cuando al cabo de cincuenta números abandoné la colección para sacar *Babel* como revista de arte y crítica». Enrique Espinoza, «Colofón», en *Babel, revista de arte y crítica*, vol. vii, n° 28, Santiago de Chile, julio/agosto de 1945, p. 45

Waldo Frank, que visitó Buenos Aires gracias a sus gestiones y Baldomero Sanín Cano, figura central de las letras colombianas.

Mas, a pesar de tan prolífico trabajo editorial y literario, desarrollado en una de las capitales de la producción intelectual y artística del continente, varios elementos lo fueron empujando a cruzar los Andes. La caída de Irigoyen en 1930 cambia drásticamente el escenario político en que había venido ejerciendo su oficio y la dictadura militar instalada en el poder no era garantía de las condiciones básicas para continuar su tarea editorial siempre ligada a la defensa de la libertad intelectual y política. Paralelamente, sus amigos —Quiroga, Franco, Martínez Estrada— se habían alejado de las orillas del Plata y Mariátegui, que se instalaría en Buenos Aires, fallece sorpresivamente dejando inconcluso el proyecto de fundar una revista americana, que habían planeado junto a Waldo Frank⁶.

Con este panorama de fondo, viaja a Santiago en el verano de 1934 a pasar unas vacaciones con su tío materno, Félix Talesnik. Fraguándose un episodio que podríamos pensar como una buena pasada del destino, Glusberg se enamora de Catalina Talesnik y regresa a Chile en 1935 para casarse con ella y permanecer aquí por casi 40 años.

En nuestro país inició rápidamente su faena cultural colaborando en *Onda Corta*⁷, periódico solidario con los españoles republicanos, y posteriormente en la revista *Sech*, de la Sociedad de Escritores Chilenos⁸.

⁶ Sobre la revista americana que durante los años '20 proyectaron Espinoza, Frank y Mariátegui, iniciativa que no llega jamás a concretarse, véase Horacio Tarcus, *Mariátegui en la Argentina o las políticas culturales de Samuel Glusberg*, Buenos Aires, 2001.

⁷ Revista *Onda Corta*, editada en Santiago de Chile, desde 1936 a 1937 (año 1, n° 1, diciembre de 1936 - año 1, n° 6, marzo de 1937).

⁸ En la revista *Sech*, que publicó nueve números entre julio de 1936 y enero de 1939, colaboraron Enrique Espinoza, Manuel Rojas, Ernesto Montenegro, Ezequiel Martínez Estrada, Luis Franco, Alberto Gerchunoff, Mariano Picón Salas, Juvencio Valle y Francisco Ichaso, y aparecieron escritos de Horacio Quiroga, Enrique Heine, Ignacio Silone, Thomas Mann, Vladimir Lenin, León

Allí comienza a agrupar al núcleo que lo acompañaría en la fundación de Babel, un primero de mayo de 1939. Manuel Rojas, José Santos González Vera, y el polaco combatiente en las trincheras republicanas de España, Mauricio Amster, serán sus compañeros iniciales. Se sumarán después Ernesto Montenegro y Laín Diez.

Como era costumbre, su propia producción ensayística y literaria quedaba relegada a su faena de editor. Sin embargo, en Chile se publica una buena parte de su obra. Compañeros de viaje, en 1937 y Chicos de España, en 1938. Luego, bajo el sello B.A.B.E.L.⁹, *El espíritu criollo* y *Tres clásicos ingleses de la Pampa* en 1951¹⁰, en 1952, *Conciencia histórica*. Dos años más tarde, *El ángel y el león* y, al siguiente, *De un lado y otro*. Sus adhesiones y afinidades, además, se fueron expresando en una serie de composiciones poéticas que publicó en pequeñas ediciones privadas de no más de cien ejemplares: *Quince sonetos conmemorativos*¹¹, *Quince sonetos femeniles*, *Quince sonetos más o menos hispánicos*¹²,

Trotsky, Baldomero Sanín Cano, José Carlos Mariátegui, Domingo F. Sarmiento, G. E. Hudson y Leopoldo Lugones, nombres todos que veremos aparecer regularmente durante el periodo chileno de la revista Babel. También se publicó en Sech a José Victorino Lastarria, Arturo Cancela, Miguel de Montaigne, John Strachey, Juan Espinosa, Roberto Romero, A. Hernández Catá, Pablo Neruda, Carlos Luis Saénz, Juvenio Valle, Luis Alberto Sánchez, Alejandro Lipschütz, Benjamín Subercaseaux, Jorge Lecomte, Antonio Espina, María Teresa León, Carlos Vattier, Luis Enrique Délano y Arturo Serrano Plaja.

⁹ El sello Babel publicó en Chile, entre otras cosas, las *Coplas*, de Jorge Manrique, *El licenciado vidriera* de Miguel de Cervantes, *El manifiesto comunista* de Karl Marx y Friedrich Engels, y *Desobediencia civil* de Henry David Thoreau.

¹⁰ Enrique Espinoza, *El espíritu criollo*, Santiago de Chile, Babel, 1951.

¹¹ Dedicados a: G. E. Hudson, Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga, Schólem Aléijem, Gabriela Mistral, Fernández Moreno, Pedro Prado, José Eustasio Rivera, Pedro Henríquez Ureña, Frida Khalo, José Carlos Mariátegui, Hernán Gómez, Luis Reinaudi, Francisco López Merino y Ana María Benito.

¹² Dedicados a: Pedro Espinosa, Enrique Heine, Alberto Gerchunoff, Waldo Frank, Antonio Machado, Oscar Castro, Enrique Méndez Calzada, Albert Ca-

Quince sonetos a León David¹³, Quince sonetos de amistad chilena¹⁴, Memorabilia¹⁵, Epístola a Pablo Neruda, Epístola a Manuel Rojas, y una Epístola a González Vera. En 1962 Espinoza reunió muchos de estos versos en *La Noria*. Cien sonetos sumamente prosaicos¹⁶.

Finalmente, durante su última década de residencia en nuestro país, colaboró en la revista PEC y trabajó en un gran número de antologías que fue publicando la editorial Zig-zag: Antología de cuentos, de Manuel Rojas (1957), *La roja torre de los diez*, de Pedro Prado (1961), *Leer y escribir*, de Alone (1962), *El hermano errante*, de Augusto d'Halmar (1963), y *Aprendiz de hombre*, de González Vera (1985), son algunos ejemplos. Cuando se le pidió ocuparse de la obra póstuma de Ezequiel Martínez Estrada, se esmeró también en una serie de volúmenes recopilatorios.

En septiembre de 1973, a pocos días del golpe de Estado, vuelve al puerto bonaerense. Allí, con sus setenta y cinco años, continuará su trabajo. Organiza un nuevo sello editorial, Ediciones del Regreso, y publica *El castellano y Babel*¹⁷, *Gajes del Oficio*¹⁸, Manuel Rojas, narrador¹⁹, Heine, el ángel y el león²⁰, Spinoza, águila y paloma²¹, Trayectoria

mus, Sanín Cano, José Medina Echavarría, Magdalena Lozano, Bernárdo Ortiz de Montellano, Oscar Cohan, Delgadina, José Moreno.

¹³ Dedicados a su único hijo, León David Glusberg Talenik.

¹⁴ Enrique Espinoza dedica estos versos a: Alone, González Vera, Manuel Rojas, María Carolina Geel, Ernesto Montenegro, Joaquín Edwards Bello, Juan Guzmán Cruchaga, Marta Brunet, Eugenio González Rojas, Hernán del Solar, Carlos Vicuña, Laín Diez, Pablo Neruda, Juvencio Valle y Nemesio Antúnez.

¹⁵ Aparecidos en 1964, en el cincuentenario de la muerte de su padre.

¹⁶ Enrique Espinoza, *La Noria. Cien sonetos sumamente prosaicos*, Buenos Aires, Losada, 1962.

¹⁷ Enrique Espinoza, *El castellano y Babel*, Buenos Aires, Regreso, 1974.

¹⁸ Enrique Espinoza, *Gajes del oficio*, Buenos Aires, Ediciones del Regreso, 1976.

¹⁹ Enrique Espinoza, *Manuel Rojas, narrador*, Buenos Aires, Babel, s/f.

de Horacio Quiroga²², González Vera, clásico del humor²³, e Imágenes de Lugones.²⁴

En el país trasandino residió hasta su muerte el 23 de octubre de 1987.

3. LA REVISTA BABEL EN CHILE (1939-1951): RESISTENCIA CULTURAL E INDEPENDENCIA POLÍTICA, IDEOLÓGICA Y ESTÉTICA

El periodo chileno de la revista Babel se inicia, como ya apuntamos, el primero de mayo de 1939. En sus comienzos funcionó como una revista de revistas, publicando artículos aparecidos en otros medios, seleccionados con el fino criterio de su director, quien reunía, según sus palabras, «sólo lo mejor de cuento se publica». 25 Luego, a partir de su decimotercer número, ofrece textos, narraciones y poemas inéditos, o traducidos especialmente. Sufre un primer revés en 1941, cuando Nascimento, editorial donde se imprimía, abandona la publicación. No fue fácil encontrar una nueva editorial, por lo que el siguiente número logrará ver la luz recién en 1944, impreso en la dependencia de la Universidad de Chile, gracias a las gestiones de Manuel Rojas y a algunos avisajes comerciales que comenzaron a aparecer en las primeras páginas, principalmente de lectores comprometidos. De todos modos, y a pesar de los esfuerzos de lectores y editores, pasada una década de su vida en Chile, disminuirá su frecuencia, publicándose trimestralmente. «El motivo —se lee en una breve apelación a los suscriptores de 1949—,

²⁰ Enrique Espinoza, *Heine, el ángel y el león, Babel*, s/f. Esta constituye una edición «corregida y disminuida» de *El ángel y el león* que había publicado años antes.

²¹ Enrique Espinoza, *Spinoza, águila y paloma*, Buenos Aires, Babel, 1978.

²² Enrique Espinoza, *Trayectoria de Horacio Quiroga*, Buenos Aires, Babel, 1980.

²³ Enrique Espinoza, *González Vera, clásico del humor*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1982.

²⁴ Enrique Espinoza, *Imágenes de Lugones*, Buenos Aires, Babel, 1984.

²⁵ Enrique Espinoza, «Resurrección y símbolo», en *Babel, revista de revistas*, Santiago de Chile, vol. 1, n° 1, mayo de 1939, p. 1.

como siempre, era un hecho vulgarísimo pero perturbador: el alza de los precios del papel y de la imprenta». ²⁶ Estas dificultades hacían peligrar la existencia de una revista que no recibía ninguna ayuda oficial.

En diciembre de 1951, Babel termina su periplo chileno dejándonos, en sus sesenta números, un testimonio material e intelectual del empeño que Enrique Espinoza realizó en nuestro país. Los principios que orientaron su política editorial, la defensa permanente de la independencia política, intelectual y estética, y la resistencia a la mercantilización de la cultura, los encontramos recorriendo sus páginas.

Por ejemplo, en la editorial que celebra los diez años de su fundación en Chile podemos leer una suerte de declaración de principios que señala: «Tres o cuatro constantes, para decirlo de algún modo, singularizan de antiguo nuestro empeño 1.º Pasado inmediato utilizable cada vez que incrementa un propósito actual. 2.º Defensa de la independencia política que corresponde asimismo a la independencia intelectual. 3.º Norma estética, en vez de sectaria, en todo, a fin de imponer respeto al propio enemigo. Y 4.º España, la España negra, como herida que apenas cicatriza». ²⁷ Estos criterios transformaron a Babel en una tribuna libre de imposiciones ideológicas, en cuyas páginas tenían cabida intelectuales de tan diversa orientación como Piero Gobetti, Ignazio Silone, Hannah Arendt, Henri Bergson, Bertrand Russell y Friedrich Nietzsche junto a Karl Marx, Pierre Joseph Proudhon, Vladimir Lenin, Nicolai Bujarin, León Trotsky y Henri Lefebvre.

Guiado por estos mismos principios, perdonó a los buenos artistas posiciones políticas contrarias a las suyas, incluso reaccionarias o, simplemente, les dispensó la falta de preocupaciones sociales. Asimismo, se mantuvo alejado del «realismo socialista» y sus cultivadores locales, que

²⁶ «Apelación a los suscriptores», en *Babel, revista de arte y crítica*, año x, vol. xii, n° 49, primer trimestre de 1949, p. 5.

²⁷ «Babel cumple diez años en Chile», nota editorial aparecida en *Babel, revista de arte y crítica*, año xi, vol. xii, n° 50, Santiago de Chile, segundo trimestre de 1949, p. 70 (cursivas nuestras).

daban sus primeros pasos en las letras nacionales al mismo tiempo que Babel. No deja de ser indicativo el que una revista que desde sus orígenes estuvo dispuesta a promover los jóvenes talentos literarios, no diera cabida entre sus páginas a los miembros de la llamada «generación del '38» que le fueron contemporáneos. Ninguno de los nombres que aparecen en *La nueva generación de prosistas chilenos...*, 28 publicada por Francisco Santana en 1949, figuran entre los colaboradores de Babel. Tampoco sus libros más representativos son reseñados o recomendados. Ni *Angurrientos* de Juan Godoy, ni *Los asesinados del seguro obrero* de Carlos Droguett, ni *Los hombres oscuros* o *La sangre y la esperanza* de Nicomedes Guzmán se cuentan entre las recensiones publicadas en la revista. Casi la única referencia a este programa literario es una reseña escrita por el propio Espinoza sobre *Ranquil* de Reinaldo Lomboy, ocasión que no desaprovecha para enviar un mensaje a sus colegas treintayochistas. «Lomboy —señala en su comentario— no toma ingenuamente partido «a favor» del campesino, ni se pone «al servicio» de su causa en la jerga política que ahorra pensar en términos propios a tantos escritores de nuestro tiempo». 29

Estos criterios estéticos lo hicieron a su vez un incansable defensor de la libertad intelectual en tiempos en que era amenazada en numerosos puntos del orbe. «Espinoza —destacaban ya sus contemporáneos— es ante todo un espíritu libre, independiente, que une a su sólida y rara cultura una suave y serena insumisión a cuanto quiera imponérsele como dogma o camisa de fuerza. Ha leído mucho y entresacado de sus lecturas una experiencia clara y sencilla, que lo confirma en su amor a la libertad y en su repudio a las tiranías, sean ideológicas o políticas, y mu-

²⁸ Francisco Santana. *La nueva generación de prosistas chilenos. Ensayo, biografía y referencias críticas*, Santiago de Chile, Nascimento, 1949.

²⁹ Enrique Espinoza, «Ranquil de Reinaldo Lomboy» en *Babel, revista de arte y crítica*, vol. iv, n° 20, Santiago de Chile, 1944, p. 93. Encontramos también en el número 19 de *Babel* (1943), una recensión a *Cobre* de Gonzalo Drago, firmada con las iniciales M.R. Estas reseñas son las únicas referencias a autores de la «Generación del '38» que hemos hallado entre las páginas de *Babel*.

cho más si juntan ambos defectos». 30 Fiel a estos principios, desde el comienzo de su estadía en Chile, lo vemos formando parte de iniciativas encaminadas a la defensa de la cultura. Una carta colectiva fechada en diciembre de 1935 y firmada por Augusto D'Halmar, Mariano Latorre, Ricardo Latcham, Marta Brunet, Mariano Picón-Salas, José Santos González Vera, Manuel Rojas y Enrique Espinoza, declaraba, entre otras cosas, lo siguiente: «Un grupo de trabajadores intelectuales ha constituido en Chile una Liga para la Defensa de la Cultura, hoy perseguida en casi todo el haz de la tierra. La exaltación guerrera y nacionalista, el imperialismo y el dominio del dinero, están ejerciendo en el mundo una opresión de la inteligencia y un estancamiento de la vida espiritual. [...] Si los intelectuales abandonaran las conquistas del espíritu, logradas por el esfuerzo y el dolor humano de siglos, la barbarie volvería a enseñorearse del mundo». 31

A partir de la refundación de Babel, junto al núcleo principal de la revista, continuaría esta defensa de la libertad intelectual contra todos los intentos de someterla y, particularmente, contra el fascismo y el stalinismo. La crítica al primero no era, en verdad, una nota particular de Babel, pues el antifascismo fue una sensibilidad que permeó y aglutinó a un amplio abanico de intelectuales. Pero su crítica al segundo lo distanciaría de los escritores vinculados orgánicamente al Partido Comunista, y no sólo de ellos; otra de las razones que quizás explican su indiferencia con el treintayochismo.

Admirador de la gesta de octubre, no vaciló en denunciar la dictadura de Stalin, mucho antes que tras su muerte se reconocieran públicamente los crímenes de su régimen en el XX Congreso del PCUS, celebrado recién en 1956. «Durante los tres lustros que la revista se publicó en Santiago de Chile —rememora Manuel Rojas—, se caracterizó por su denuncia de los crímenes de Stalin, como para que ningún escritor pu-

³⁰ Anónimo, reseña a «Conciencia histórica», en *El Mercurio*, Valparaíso, 19 de agosto de 1973, p. 15.

³¹ Carta encontrada en el Archivo Samuel Glusberg del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en Argentina (CEDINCI).

diera, tras la confirmación de los mismos por Kruschov, alegar ignorancia, como hizo Pablo Neruda». ³² Espinoza se identificaba con las palabras de Ignazio Silone que él mismo recupera en las páginas de Babel: «Estoy convencido —y esta convicción es lo que he tratado de expresar en toda mi obra— que para luchar contra el fascismo no nos hacen falta tanto medios materiales, armamentos y aparatos burocráticos, cuanto una visión diferente de la vida y de los seres humanos. Mis queridos amigos, sin esta visión diferente de la vida y de los seres humanos, nos convertiremos en fascistas. Y yo rehúso ser fascista, ni siquiera fascista rojo». ³³

Su cercanía a la figura de León Trotsky, a quien había conocido a principios de 1938 en México, gracias a las gestiones de Diego Rivera y Frida Kahlo, fue una elocuente manifestación de su crítica al régimen de Stalin. «Nosotros no fuimos jamás partidarios de Trotsky en el sentido estricto de la palabra —dice la presentación de un número de Babel dedicado a su memoria—; pero nunca ocultamos tampoco nuestras simpatías hacia su gran figura histórica y cuanto le debíamos a su inmensa obra libertadora tanto en lo colectivo como en lo personal. ¿Qué importa que seamos pocos y débiles en el reconocimiento inmediato que ahora sale a la luz? El número y la fuerza está ahora de parte de aquellos «triunfadores» que mediante una propaganda oficiosa imponen a las multitudes sus propios libros y mensajes y hasta sus propios nombres y efigies a las ciudades y fábricas sometidas». ³⁴

La expresión abierta de sus «simpatías hacia la obra y gran figura histórica» de Trotsky, su determinación de levantar la voz en contra del cobarde homicidio del que fue víctima, crimen político preparado por Sta-

³² Enrique Espinoza, *Manuel Rojas, narrador*, Buenos Aires, Babel, 1976, p. 54.

³³ Ignazio Silone, citado en Enrique Espinoza, «Ignazio Silone y el amor a la verdad», en *Babel, revista de arte y crítica*, vol. vi, n° 27, Santiago de Chile, 1945, p. 140.

³⁴ «Justificación», en *Babel, revista de arte y crítica*, número dedicado al Homenaje en la Memoria de León Trotsky, año xx, vol. ii, n° 15-15, enero/abril de 1941, p. 129.

lin, son ejemplos representativos de una dirección editorial que se propuso como uno de sus objetivos la defensa de la libertad a pesar de la incomodidad que esto causara en el mundo de la intelectualidad de izquierda. 35

Su compromiso anti-autoritario se manifestó también en su incansable defensa de la libertad política de los pueblos y en el espacio que esta defensa tuvo siempre en sus proyectos de intervención político-literaria. Por esta causa, alzó su voz —junto a un pequeño grupo de intelectuales—, contra la ocupación norteamericana de Guatemala en 1954³⁶, y nunca dejó de dedicar páginas en homenaje a los republicanos españoles y de promover a sus escritores y poetas más representativos. La España Negra fue para Espinoza una herida que no cicatrizaría más, así como tampoco lo haría su dolor ante la masacre desatada contra el pueblo de Israel. Ligado a él desde su nacimiento, realizó una incansa-

³⁵ «En 1940, con motivo del asesinato de Trotsky en Ciudad de México, Enrique Espinoza dedicó un número especial de Babel al recuerdo del «Gran Viejo». Un puñado apenas de intelectuales chilenos, entre los que figuraban, por de pronto, los colaboradores permanentes de Babel, se atrevió a levantar su voz contra Stalin por el cobarde homicidio, fraguado en Moscú. Los demás se escondieron o temblaron ante la idea de ser motejados de «trotskistas». Ernesto Montenegro, Manuel Rojas, González Vera, Ciro Alegría y Vicente Huidobro no vacilaron en suscribir el documento de protesta en contra del crimen político que sellaba la «serie negra» de Stalin, iniciada en los campos de concentración para disidentes del régimen y seguida por las «ejecuciones legales» de los procesos de Moscú». Fielbo, «Enrique Espinoza», en *Las últimas noticias*, sección «Bloque dominical». Texto encontrado sin más datos editoriales en la sección Archivo Referencias Críticas de la Biblioteca Nacional de Chile.

³⁶ Manifiesto de apoyo a Guatemala (1954), firmado por: Enrique Espinoza, Manuel Rojas, Mauricio Amster, González Vera, Mariano Latorre, Carlos Vicuña, Eugenio González, Laín Diez, Ricardo A. Latham, Jorge Millas, Luis Oyarzún, Milton Rossel, Hernán del Solar, Félix Schawartzmann, Héctor Fuenzalida, Julio Molina Miller, Euclides Guzmán, José Miguel Vicuña, Luis Durand y Pedro Godoy. El texto original mecanografiado se encuentra en la sección Archivo del Escritor, de la Biblioteca Nacional de Chile.

ble faena por rescatar su inmenso legado cultural y por dar a conocer a sus hijos más sobresalientes. 37

Los ejemplos dados por nuestro autor en defensa de la independencia política, ideológica y estética podrían multiplicarse, pero los señalados nos bastan para dar una muestra del carácter central que adquiere este valor como principio editorial de *Babel*. De cierta manera, la resistencia a las tendencias mercantilizadoras que comenzaban a hegemonizar en el campo de producción cultural, el otro rasgo que queremos examinar aquí, también puede ser leído como una forma de defensa de la independencia. Esta vez, de la independencia frente al mercado y frente a la tendencia a regir la producción cultural por criterios comerciales, orientaciones que venían acentuándose en nuestro campo de producción cultural con el despliegue de la llamada «cultura de masas» producido a partir de la segunda mitad de la década del treinta, y que significó que tanto el mercado de bienes simbólicos como la industria cultural fueran adquiriendo un rol gravitante en la producción de la hegemonía y en la formación de un sentido común masivo.

Desde joven Enrique Espinoza reaccionó contra esta orientación industrial que empezaba a dominar abiertamente en el campo de la producción cultural. Cuando comenzó la publicación de sus Ediciones Selectas América por allá por 1919, declaraba así: «Con entusiasmo y optimismo damos a la circulación nuestro primer número seguros de que el público inteligente sabrá apreciar el esfuerzo que significa nuestra empresa puramente intelectual, en estos momentos en que el mercantilismo parece absorberlo todo»³⁸ Más de veinte años después, cuando el mercan-

³⁷ Espinoza dedica el n° 26 de *Babel* a la reflexión sobre la «cuestión judía», y en general la presencia de intelectuales judíos y la crítica al antisemitismo es permanente en la revista. Además, junto a Alejandro Lipschutz, integra una comisión encargada de instalar una «Sala Judía» en la Biblioteca Nacional de Chile, que dirigía entonces Eduardo Barrios, iniciativa que no llegó a concretarse, postergada por la mayor prioridad dada al establecimiento de otras secciones.

³⁸ «Nuestros propósitos», nota que acompaña el primer cuaderno de las Ediciones Selectas América. Si bien el texto no está firmado, su autoría corres-

tilismo había avanzado bastante más, desde la tribuna de la edición chilena de *Babel* no escatimó los dardos en contra de la degeneración de la cultura convertida en industria. «Con la decadencia del liberalismo en el postrer estadio capitalista —señala en esta dirección—, los periódicos que animaron las mejores plumas del siglo XIX se convirtieron en empresas industriales. De ahí el anonimato de la prensa moderna y la utilización de las firmas más cotizadas por el público sólo como un lujo en los días de fiesta. Contra este falso concepto que no advierten ya los periodistas sometidos a la tiranía de los grandes avisadores o la de sus políticos a sueldo, deben rebelarse los escritores genuinos, más no para ponerse a su vez al servicio de un Jefe infalible o de un régimen cualquiera que los proteja oficialmente».³⁹

En este contexto hegemonizado por el mercado y la industria de bienes simbólicos, las revistas culturales y las pequeñas editoriales «programáticas», entre las que destacaba *Babel*, vendrán a cumplir la función de núcleos de articulación intelectual y centros activos de política cultural no orientada con fines comerciales⁴⁰, convirtiéndose en espacios fundamentales de resistencia a las tendencias economicistas que se instalaban en el campo de la producción cultural. «Rarísima es la revista literaria que aquí o en el extranjero puede vivir sin protección —reza una pequeña nota de apelación a los suscriptores, en 1949— El hecho de

ponde sin duda alguna a Samuel Glusberg, director y probablemente único responsable de la serie.

³⁹ Enrique Espinoza, en «El diario, la revista, el libro» en *Babel, revista de arte y crítica*, año xxi, tomo 3, n° 17, Santiago de Chile, mayo/junio de 1941, p. 38.

⁴⁰ José Joaquín Brunner apunta en este sentido que «las editoriales evolucionan bajo un concepto comercial más que como centros activos de una política cultural o como núcleos de coordinación en el campo intelectual. Por el contrario, ese papel —que la universidad asume preeminentemente— será desempeñado, asimismo, por algunas revistas y diarios». José Joaquín Brunner, «Cultura y crisis de hegemonías» en José Joaquín Brunner y Gonzalo Catalán, *Cinco estudios sobre cultura y sociedad*, Santiago de Chile, Flacso, 1985, p. 44.

haberla conservado así tanto tiempo no deja de complacernos, pero ¿cuánto más durara nuestra resistencia?». ⁴¹

Espinoza conoce bien el lugar que ocupan esfuerzos editoriales como el suyo, sabe en qué consiste su tarea y es consciente también de las dificultades asociadas a este tipo de apuestas. «Junto con mi primer asomo a las letras argentinas —escribe— he intentado animar algo mucho más modesto que fuera la expresión genuina de un determinado sector intelectual. Después de veinte años apenas puedo decir que lo he logrado a medias. Y es que una revista que va contra la corriente, de ideas distintas a las de la mayor parte de los propios escritores, demanda muchísimos sacrificios, sobre todo, a su director [...]». ⁴² Sabe también que si la batalla de las pequeñas revistas y de los núcleos intelectuales independientes era ya difícil en los países más desarrollados, las dificultades en estos rincones del planeta eran todavía mayores. «Desde luego, dichos grupos intelectuales son minúsculos en todas partes y aún donde parecen relativamente fuertes como en Nueva York, sólo publican dos o tres revistas de índole más política que literaria, aunque con suficiente autonomía. En general, hasta en las ciudades más literaturizadas de Europa los escritores nunca controlaron mayor número de publicaciones con verdadero prestigio y autoridad. Entre nosotros, ni siquiera eso [...]». ⁴³ Pero sobre todo, sabe de la necesidad de dar vida y mantener, en ese adverso contexto, espacios de resistencia, de libertad intelectual y de estimulación de la vida espiritual. «Justamente para escapar al diario mercantilizado —señala en este sentido—, el escritor [...] prefiere la revista, entendiendo por tal no la ilustrada y populachera que sólo se diferencia del periódico en lo externo, sino la que hacen con gran esfuerzo sus propios colegas más libres, constituidos en cooperativas, fundacio-

⁴¹ «Apelación a los suscriptores», en *Babel, revista de arte y crítica*, año x, vol. xii, n° 49, primer trimestre de 1949, p. 6. (Cursivas nuestras).

⁴² Enrique Espinoza, «El diario, la revista, el libro» en *Babel, revista de arte y crítica*, ed. cit., p. 40

⁴³ *Ibíd.*, p. 39.

nes o núcleos más o menos afines, ligados a veces a una editorial común». ⁴⁴

Estos antecedentes ciertamente nos permiten comprender mejor la posición de Babel en el entramado que daba forma al campo cultural del periodo, el sentido libertario de su empeño y la lucha que esta pequeña revista libró, junto a otras de su género, para defender el valor no profanable de la cultura que comenzaba a ser colonizada por el mercado. Es interesante en este sentido, recordar las reflexiones de Pierre Bourdieu a propósito de la «economía invertida» que cobra forma al interior del sector más autónomo del campo cultural, es decir, de aquél que ha desarrollado sus propias leyes y criterios de validación, contrarias, las más de las veces, a las reglas que rigen en la economía. Allí, el éxito cultural es inversamente proporcional al éxito comercial, el fracaso económico puede ser sinónimo de calidad artística y la popularidad mundana ser causa de rechazo entre los demás creadores. ⁴⁵ Babel encarnó de manera paradigmática esta economía. «Aquí en Chile —leemos en una nota que celebra sus veinte años—, antes de reagrupar el núcleo fundamental de la revista, ofrecimos indirectamente nuestro pensamiento a través de una serie de cuadernos que nos diferenciaron en seguida de todas las publicaciones neutras y mediocres del género. Claro que fuimos a pura pérdida en todo sentido; pero ahí queda una colección de páginas libres y excepcionales. Desde luego, si hubiéramos empleado igual celo en escoger trozos bien pensantes para los escolares,

⁴⁴ *Ibídem*.

⁴⁵ «Los progresos del campo literario —señala Bourdieu— hacia la autonomía quedan manifiestos en el hecho de que, a finales del siglo xix, la jerarquía de los géneros (y los autores) en función de los criterios específicos del juicio de sus pares, es más o menos exactamente la inversa de la jerarquía en función del éxito comercial. Y eso a diferencia de lo que sucedía en el siglo xvii, cuando las dos jerarquías prácticamente se confundían, ya que los más consagrados entre los hombres de letras, particularmente los poetas y los sabios, eran los que más se beneficiaban de pensiones y prebendas». Bourdieu, Pierre, *Las Reglas del Arte: Génesis y Estructura del Campo Literario*, Barcelona, Anagrama, 2002, p. 176.

como han hecho muy orondos algunos escritores «idealistas» de Buenos Aires, a la fecha tendríamos imprenta propia y depósitos en los Bancos. Mas, en verdad, nada de cuanto aquéllos ganaron: —puestos, cátedras, representaciones— tiene valor para nosotros. En buena hora se lo dejamos todo, seguros de salir ganando con la pérdida. Pues en nuestro fracaso a los ojos de tales triunfadores está nuestro éxito en la acepción más noble de esta palabra sospechosa. No sabemos si nuestro auditorio de estos dos últimos decenios supera el de varias cátedras oficiales durante igual número de años. Estamos seguros, en cambio, de haber realizado una labor más desinteresada, porque sin sueldo alguno, dentro de la plana del profesorado idealista, no tenemos tampoco derecho a una jubilación burocrática dentro o fuera de la diplomacia [...] ¿Qué importa, pues, que no lo advierta la bulla superficial de los filisteos de la cultura, es decir, nuestros pequeños burgueses de tomo y lomo? Toda obra profunda exige soledad, paciencia y altura de miras. No aplausos vanos». 46

El desinterés, el desprecio al éxito inmediato, la preeminencia de los criterios estéticos y literarios, la independencia respecto a los poderes económicos y políticos, la decisión de no apuntar al gran público sino a una elite intelectual más o menos vinculada al movimiento popular, junto con las propias cualidades de Enrique Espinoza, lo confinaron también a una suerte de «distanciamiento» respecto de sus contemporáneos. Confirma estas valoraciones Pedro Lastra, quien durante su juventud tuvo la oportunidad de compartir largos encuentros con Enrique Espinoza. El autor de *Leído* y anotado recuerda nítidamente las cualidades de nuestro personaje y califica su actitud ante el ambiente cultural de la época como «distanciada». «En el caso de don Enrique —señaló en nuestras conversaciones— se podría aplicar quizás, más que el término marginalidad, porque él era una persona reconocida, la palabra distanciado, que es, por lo demás, muy buena palabra... Se refiere a gente que yo admiro mucho, a los que no están, como dicen ustedes los jóvenes,

⁴⁶ Editorial, «Veinte años», en *Babel*, revista de arte y crítica, año xxi, tomo 3, n° 17, ed. cit., pp. 3-4.

en la «taquilla». Yo tengo un particular aprecio por estas personalidades y tal vez es justamente lo que me atraía de don Enrique, una cierta condición distanciada».⁴⁷

Alejada de «la bulla superficial de los filisteos de la cultura», y desarrollando una faena cultural infatigable, que hemos intentado recoger en sus rasgos fundamentales, transcurrió la estadía de Enrique Espinoza en nuestro país. El lugar que ocupó en el entramado del mundo cultural local de su época, lo conserva todavía hoy, como un ejemplo elocuente y sobretodo imitable de independencia intelectual y de resistencia a la mercantilización de la cultura.

⁴⁷ Entrevista a Pedro Lastra, realizada el miércoles 31 de agosto de 2011 en la Biblioteca Nacional de Chile.